

de Italia. *Todo para la mayor gloria de Dios*, decia san Ignacio. *¿Qué es todo esto para la eternidad y en comparacion de la eternidad?* decia san Luis Gonzaga. *Ó sufrir ó morir*, exclamaba la angelical Teresa. *Ó santísima Trinidad*, repetia á todas horas el apóstol de las Indias, san Francisco Javier. Hé aquí, pues, algunas oraciones jaculatorias que podríamos adoptar para nosotros, y si las repetimos con frecuencia y reflexion, no tardaremos en sentir y recoger sus felices frutos.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haberme enseñado el medio de obtenerlo todo de Vos; hacedme la gracia de que recurra á él frecuente y dignamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *quiero hacer todos los días un cuarto de hora al menos de meditacion.*

LECCION XXX.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN, POR MEDIO DE LA ESPERANZA.

Oracion dominical.—Rasgo histórico.

Á pesar de que la Oracion dominical sea oracion pública cuando es ofrecida á Dios por un ministro sagrado en nombre de todo el pueblo fiel, la ponemos al frente de las oraciones particulares, en cuanto nuestro Señor parece haberla compuesto principalmente para el uso particular de cada cristiano, en los casos sin cesar renovados en que necesitamos recurrir á Dios. «Cuando tengais necesidad de orar, dice, entrad en vuestro aposento, cerrad la puerta, y dirigiéndoos á Dios decid: *Padre nuestro* <sup>1</sup>, etc.»

Ya se la mire en su autor, en su forma ó en su fondo, la Oracion dominical es evidentemente la mas excelente de todas las oraciones. 1.º En su autor; pues no es un Santo ni un Profeta, ni un Ángel ni un Arcángel quien la compuso, sino el mismo Jesucristo Señor nuestro, el Hijo y la eterna Sabiduría de Dios. 2.º En su forma; la Oracion dominical es clara, todo el mundo puede comprenderla, así el niño como el anciano, el campesino como el que habita en las ciudades; es corta para que pueda aprenderse fácilmente, retenerse con fidelidad y ser recitada con frecuencia; esta cualidad la hace esencialmente popular, y por consiguiente digna del Dios que vino á salvar á todos los hombres, y de la Religion que debe ser predicada á los libres y á los esclavos, á los pueblos civilizados como á los pueblos bárbaros y salvajes. Es persuasiva, pues nada hay tan humilde, tan sencillo, tan filial, es decir, mas eficaz que el modo con que manifiesta á Dios nuestras necesidades. 3.º En sí misma la Oracion dominical es completa; encierra cuanto podemos y debemos pedir, como hijos de Dios, para el tiempo y para la eternidad, para el cuerpo y para el alma,

<sup>1</sup> Matth. vi, 6, 9.



para nosotros mismos y para los demás; es prudente, pues nos recuerda y nos hace poner en accion las tres virtudes que son las tres grandes bases de la Religion, de la sociedad y de la salvacion, la fe, la esperanza y la caridad; es divinamente lógica, pues arregla los deseos de nuestro corazon enseñándonos á expresar primeramente los mas nobles y los mas necesarios, y en seguida los que lo son menos <sup>1</sup>.

«En efecto, dice santo Tomás, es evidente que el primer objeto «de nuestros deseos es nuestro último fin, y luego los medios de «conseguir el mismo fin: ahora bien, nuestro fin es Dios, al cual «tiende nuestra afecion de dos maneras, la una que consiste en dese- «sear la gloria de Dios, y la otra en querer gozar de esta divina glo- «ria. La primera pertenece á la caridad, por la que amamos á Dios «en sí mismo: la segunda á la caridad, por la que nos amamos á «nosotros mismos en Dios. Hé aquí por qué nuestra primera peticion «es: *Santificado sea el tu nombre*, por medio de la cual pedimos la «gloria de Dios; y la segunda: *Venga á nos el tu reino*, por la cual «pedimos alcanzar la gloria de Dios. Una cosa puede conducirnos á «nuestro último fin, ó *por sí misma* ó *por accidente*; por sí misma «y directamente, *haciéndonos* merecer la beatitud eterna por la «obediencia á los mandatos de Dios; y por esto nuestra tercera «peticion es esta: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el «cielo*. Por sí misma tambien, aunque de un modo menos directo, «ayudándonos á merecer la bienaventuranza eterna; de aquí nues- «tra cuarta peticion: *El pan nuestro de cada dia dánosle hoy*. Una «cosa nos conduce á nuestro último fin por accidente cuando «aleja los obstáculos que podrian impedirnos llegar á él: los obs- «táculos de este género son tres: el pecado, que nos excluye di- «rectamente; por esto nuestra quinta peticion dice: *Perdónanos «nuestras deudas*. La tentacion, que nos induce al pecado; de aquí «nuestra sexta peticion: *No nos dejes caer en la tentacion*. Los ma- «les temporales, consecuencia del pecado, que hacen insufrible el «peso de la vida, y de aquí nuestra séptima peticion: *Libranos «de mal* <sup>2</sup> .»

<sup>1</sup> In Oratione dominica non solum petuntur omnia quæ recte desiderare possumus, sed etiam eo ordine quo desideranda sunt; ut sic hæc oratio non solum instruat postulare, sed etiam sit informativa totius nostri affectus. (D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 9).

<sup>2</sup> D. Thom. 2, 2, q. 83, art. 9.

Las siete peticiones de la Oracion dominical corresponden tambien á los siete dones del Espíritu Santo, y á las siete beatitudes evangélicas, de modo que esta admirable oracion está en perfecta armonía con el conjunto de la Religion, y tiende á obtenernos cuanto es necesario para hacer de un cristiano un hombre perfecto en este mundo, y un bienaventurado en el otro. Hé aquí por qué san Agustin la define con estas sublimes palabras: La Oracion dominical es la regla que el celeste Jurisconsulto ha dado él mismo á los fieles para obtener el cumplimiento de todos sus deseos <sup>1</sup>.

Finalmente, lo que completa la excelencia de la Oracion dominical está en que es la mas necesaria de todas las oraciones: varios concilios, entre otros el de Roma, mandan á todos los cristianos saberla de memoria, puesto que segun la doctrina de los santos Padres conviene rezarla cada dia <sup>2</sup>. «Viviendo en medio del mundo, dice «san Agustin, donde nadie puede vivir sin pecado, la remision de «nuestras faltas se encuentra no solo en las sagradas aguas del Bau- «tismo, sino tambien en la Oracion dominical y cotidiana, la que «es como nuestro bautismo de todos los dias <sup>3</sup>.» Así pues, la Oracion dominical es el remedio de nuestros pecados de cada dia, es decir,

<sup>1</sup> Regula postulandi fidelibus à cœlesti jurisperito data. (Enarr. in Psalmo CXLII).

<sup>2</sup> Es la mas necesaria de todas. (Belarm. *Dottr. crist.* p. 71; Concil. Rom. c. 2).—Nisi qui has duas sententias (Symbolum et Orationem dominicam) et memoriter tenuerit, et ex toto corde crediderit, et in oratione sæpissime frequentaverit, catholicus esse non poterit. (Syn. Remens. VI, c. 7). Véase tambien el Concilio de Toledo IV, c. 9; S. Aug. *Enchir.* 71; S. Cypr. *De Orat. domin.*—«Hay necesidad de precepto de saber, al menos sustancialmente: 1.º El «Símbolo de los Apóstoles entero; 2.º la Oracion dominical; 3.º los preceptos «del Decálogo; 4.º los Mandamientos de la Iglesia que son comunes á todos los «fieles; 5.º el sacramento del Bautismo, que todo fiel puede hallarse en el caso «de administrar, y los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía que se «deben recibir á lo menos una vez al año. En cuanto á los demás Sacramentos, «la fe explícita no es necesaria sino en el que los recibe; mas el conocimiento «de estos diferentes artículos tiene sus grados, pudiendo ser mas ó menos per- «fecto, mas ó menos extenso. Sin embargo, no es permitido ignorarlos enteramente, y solo un defecto de capacidad puede excusar esta ignorancia de peccato mortal.» (Mons. Gousset, *Theol. mor.* c. 1, pág. 129).

<sup>3</sup> Quoniam victuri sumus in isto sæculo, ubi quis non vivit sine peccato, ideo remissio peccatorum non est in sola ablutione sacri Baptismatis, sed etiam in Oratione dominica et quotidiana. In illa invenietis quasi quotidianum Baptismum vestrum. (Serm. CCXIII de temp.; et *Enchir.* c. 71).



de nuestros pecados veniales, con tal que, al rezarla, nos hallemos animados de un verdadero sentimiento de contrición. Es conveniente que todos los fieles la sepan en latín y en su idioma patrio; en latín, porque es el idioma de la Iglesia, y en el patrio, para que sepan lo que piden.

*Division de la Oracion dominical.* La Oracion dominical se divide en tres partes: el *prefacio* ó preparación; el *cuerpo de la oracion*, y la *conclusion*.

El prefacio se compone de estas sencillas pero sublimes palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*. No hay duda en que el Salvador habria podido hacernos dar á Dios títulos mas capaces de revelarnos su majestad y de penetrarnos de respeto; mas estos títulos habrian continuado haciendo de nosotros los esclavos del Sinaí, mientras que debemos ser los hijos del Calvario; así pues, no se nos enseña á decir Dios nuestro, Criador nuestro, Señor nuestro, sino *Padre nuestro!* Consideremos esta palabra respecto de Dios, de nosotros mismos y del prójimo.

Respecto de Dios, excita maravillosamente nuestra confianza recordándonos que á pesar de nuestra debilidad y de nuestras miserias somos los hijos, no de un rey, no de un emperador, no de un monarca de la tierra, sino del mismo Dios; por otra parte, conmueve de un modo infalible el corazón de Dios, recordándole que es nuestro Padre, nuestro Padre de todas maneras, por la creación, por la conservación, por la redención, el Padre de nuestro cuerpo y de nuestra alma. «Así como los niños, nos dice el Salvador con estas tiernas palabras, recurren á su padre en todas sus necesidades, «yo número y extensión no temen manifestarle; asimismo recurrid vosotros á vuestro Padre celestial, el cual os consolará, os aliviará, «se apiadará de vosotros, al modo que un padre se apiada de sus hijos.»

Respecto de nosotros mismos, estas palabras *Padre nuestro* nos recuerdan, con mas fuerza que todos los discursos, la nobleza de nuestro origen, y por consiguiente el cuidado que debemos tener en conservar la amistad de Dios y en portarnos como hijos suyos, si queremos ser oídos. Los pecadores, quienes, según expresión del mismo Salvador, son hijos del demonio, no tienen derecho para llamar á Dios Padre, puesto que no obedecen sus mandatos; sin embargo, ni aun éstos deben omitir el rezo de la Oracion dominical, y no la rezarán sin fruto; si son verdaderos penitentes dirán *Padre nuestro* co-

mo el hijo pródigo al presentarse á su padre, para obtener el perdón de sus faltas; y si permanecen obstinados en el mal, lo dirán al menos en nombre de la Iglesia, de la que son miembros por la fe y por la esperanza.

Respecto del prójimo, estas palabras *Padre nuestro* expresan la grande ley que ha salvado, y que únicamente puede salvar al mundo, la ley de la fraternidad universal, y nos enseña lo que son para nosotros todos los hombres y lo que debemos ser para ellos. En efecto, no decimos *Padre mio*, sino *Padre nuestro*, porque somos todos hermanos, y debemos orar no solo por nosotros, sino por todos los hombres católicos, herejes, judíos, infieles, amigos y enemigos, es decir, amarlos con un amor verdaderamente fraternal<sup>1</sup>. En estas solas palabras *Padre nuestro* está la abolición ó á lo menos la condenación de todas las tiranías, la exaltación del pequeño, la protección del débil, el continuo sacrificio del rico y del fuerte para el alivio corporal y espiritual de sus hermanos menos favorecidos por la fortuna ó la inteligencia; es decir, la caridad, base de la familia, lazo de la sociedad, y prenda de la felicidad futura.

En una palabra, decimos *Padre nuestro*, de una parte, á fin de manifestar que oramos por todos y en nombre de todos, y de otra, á fin de excitar al Señor á concedernos, en consideración á los demás, lo que no merecemos por nosotros mismos. *Padre nuestro*; nuestra oracion se dirige á las tres Personas divinas, puesto que las tres merecen el título de padre, por razón de la creación, de la redención y de la santificación.

*Que estás en los cielos.* El Dios que invocamos está en todas partes<sup>2</sup>; sin embargo decimos *que estás en los cielos*, ya porque allí resplandecen con mas brillo todas las magnificencias de la gloria, ya porque allí reina en toda la plenitud de su amor sobre los Ángeles y los Santos; ó ya porque debemos recordar sin cesar que allí

<sup>1</sup> Ante omnia pacis doctor atque unitatis magister singillatim noluit et privatim precem fieri, ut quis cum precatur, pro se tantum precetur. Publica est nobis et communis oratio: et quando oramus, non pro uno, sed pro toto populo oramus, quia totus populus unus sumus. Deus pacis et concordie magister qui docuit unitatem, sic orare unum pro omnibus voluit, quomodo in uno omnes portavit. (S. Cypr. *De Orat. domin.*)

<sup>2</sup> Ipsum intelligimus sine qualitate bonum, sine quantitate magnum, sine indigentia creatorem, sine situ presentem, sine habitu omnia continentem, sine loco ubique totum. (S. Aug. *lib. V de Trinit. c. 1*).



deben estar nuestros pensamientos, nuestros deseos, el fin de nuestros trabajos, en una palabra, como dice el Apóstol, nuestra conversacion. *Padre nuestro que estás en los cielos*; sí, estás en los cielos, en el colmo de la felicidad, infinitamente rico, infinitamente poderoso, infinitamente bueno; y nosotros, hijos tuyos, nos hallamos en la tierra, en un lugar de destierro, lejos de nuestra patria, de nuestra familia, pobres, débiles, enfermos, rodeados de enemigos y de peligros. ¿Cómo no conmovirá esto el corazón de Dios? ¿Cómo no inspirará al nuestro una humildad profunda, un vivo sentimiento de nuestras necesidades, y al mismo tiempo el respeto filial, la piedad, la confianza, la pureza y la caridad para con nuestros hermanos? ¿Cómo no será oída una oración que tan bien prepara así al que pide como al que debe conceder? Tal es el prefacio de la Oración dominical.

¿Qué debemos pedir y con qué orden debemos pedirlo? ¡Ah! tan insensibles y ciegos somos, que muchas veces no conocemos ni la naturaleza de nuestras verdaderas necesidades, ni el orden con que debemos pedir su alivio, siendo esto causa de que ó no pedimos nada ó pedimos mal. Para remediar esta doble desgracia, el nuevo Adán compuso él mismo una súplica para nuestro uso, en la cual se expresan así los objetos de nuestras oraciones, como el orden con que debemos solicitarlos. Ahora bien, la razón y la fe nos dicen que para hijos bien nacidos y verdaderamente inteligentes los intereses de su padre deben ser preferidos á los suyos, los bienes de la eternidad antes que los temporales, el fin antes que los medios, todo lo cual se nos enseña de un modo admirable en la segunda parte de la Oración dominical.

En efecto, el *cuerpo* de esta divina súplica se divide, como el Decálogo, en dos partes. La primera se refiere á Dios, y comprende estas tres peticiones: *Santificado sea el tu nombre; venga á nos el tu reino; hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo*. La segunda se refiere al hombre, y comprende cuatro peticiones: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy*, y lo que sigue hasta el fin.

Petición primera: *Santificado sea el tu nombre*. La primera cosa que debemos pedir, porque es la mas excelente y al mismo tiempo el mayor de todos los bienes, es la gloria de Dios: así es que, como hijos solícitos por el honor de su padre, comenzamos por pedir, en general que el nombre de nuestro Padre celestial, es decir, el mismo Dios, su majestad, su poder, su sabiduría, su bondad, su miseri-

cordia, su justicia sean santificadas, conocidas, apreciadas, honradas, respetadas y amadas así en la tierra como en el cielo<sup>1</sup>. Es decir, que á imitación de los bienaventurados habitantes del cielo, todos los habitantes de la tierra honran, aman, celebran y exaltan con sus palabras y acciones, con la fe, la esperanza y la caridad, el adorable nombre de Dios. En particular pedimos 1.º que los fieles, iluminados por la luz celeste, conozcan al verdadero Dios, y sean regenerados por las aguas del Bautismo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; 2.º que sean desarraigadas todas las herejías, y que sus sectarios conozcan y abracen, como á su verdadera madre, á la santa Iglesia católica, apostólica y romana, fuera de la cual no hay ni efusión del Espíritu Santo, ni perdón de los pecados, ni salvación; 3.º que desaparezcan de la tierra toda clase de supersticiones, sortilegios, prácticas diabólicas, perjurios, blasfemias y otros desórdenes con los cuales se desprecia y ultraja el santo nombre de Dios; 4.º la vuelta de los pecadores al amable y sagrado yugo de nuestro Padre celestial; el conocimiento efectivo de que todos nuestros bienes, así del cuerpo como del alma, provienen de Dios, y la fidelidad en ofrecerlos todos á su gloria, así como el religioso cuidado de honrar á la santísima Trinidad con nuestra conducta, por miedo de que nuestros escándalos hagan blasfemar su nombre entre los hombres. Esto lo pedimos no solo por un día, sino por toda nuestra vida; en otros términos, pedimos la perseverancia en el bien hasta el último suspiro<sup>2</sup>.

El deseo de que sea santificado el nombre de Dios es ciertamente el mas noble que pueda formar el corazón del hombre, puesto que para ello hemos sido criados y dotados de razón; el mismo es el mas ardiente y continuo que formara nuestro Señor y todos los Santos, á su ejemplo, en la sucesión de los siglos. San Ignacio de Loyola, dirigiéndose un día al P. Laynez, le dijo: «Si Dios os daba á elegir entre entrar inmediatamente en el paraíso, y quedaros en la tierra con la perspectiva de hacer alguna gran cosa por su gloria, ¿qué

<sup>1</sup> Verba enim illa, quæ tertiæ petitioni adjuncta sunt: *Sicut in cælo et in terra*, ad quamlibet primarum trium petitionem referri posse docet Concilii Tridentini Catechismus, ut sic intelligamus: Sanctificetur nomen tuum sicut in cælo et in terra; adveniat regnum tuum sicut in cælo et in terra; fiat voluntas tua sicut in cælo et in terra. (Nat. Alex. *De Orat. domin.* pag. 1322).

<sup>2</sup> In his verbis quotidie fideles Christi petunt ut perseverent in eo quod esse cœperunt. (S. Aug. *De Corrept. et Grat.* lib. VI).



«escogeríais?—Escogería ir al cielo, contestó el P. Laynez.— En cuanto á mí, repuso el Santo, preferiría quedarme aquí abajo para cumplir la voluntad de Dios y prestarle algunos servicios; pues por lo que toca á mi salvacion, no dudo de que Dios tendria cuidado de mí, y no dejaria perecer al que por su amor habia voluntariamente retardado su entrada en el cielo.»

Peticion segunda: *Venga á nos el tu reino.* Despues de haber perdido la gloria de Dios, pedimos la participacion de esta gloria, que es el fin por que fuimos criados, y por consiguiente la última palabra de la Religion, de la vida, del tiempo y de la eternidad<sup>1</sup>. Obsérvese que pedimos que el reino de Dios *venga á nos*, y no que nosotros vayamos á él, á causa de que es preciso que el reino de la gracia venga á nosotros, para que nosotros podamos ir al reino de la gloria. En efecto, el reino de Dios se entiende de tres maneras: el reino de *naturaleza*, el reino de *gracia* y el reino de *gloria*. El reino de naturaleza es aquel por el cual Dios rige y gobierna á todas las criaturas y á todo el género humano; de este reino habla la Escritura cuando dice: *Vuestro reino, ó Dios, es un reino de todos los siglos; Señor Dios, Rey todopoderoso, el universo entero está sometido á vuestro imperio, y nadie puede resistir á vuestra voluntad*<sup>2</sup>. No pedimos que venga este reino, puesto que existe desde el origen del mundo, y quieras que no, hasta los malos no pueden menos de conocerlo; pedimos únicamente que sea manifestado, y que todos reconozcan, admiren y bendigan las leyes de la maternal Providencia, que lo dispone todo con número, peso y medida, que consigue su objeto con tanta fuerza como dulzura, y que se sometan siempre á ella con una resignacion filial.

El reino de la gracia es aquel por medio del cual Dios rige y gobierna las almas y los corazones de los hijos fieles de la Iglesia, por la accion del Espíritu Santo, y por las tres grandes virtudes de fe, de esperanza y de caridad, las que les impulsan á seguir sus divinos preceptos y á buscar su gloria ante todas cosas.

El reino de la gloria tendrá lugar en la otra vida despues del juicio general; entonces Dios reinará con los Santos sobre todas las criaturas, sin oposicion de ninguna clase, pues entonces se despojará de todo poder á los demonios y á los malos, encadenados juntos en las

<sup>1</sup> Matth. vi.

<sup>2</sup> Psalm. cxliv, 13; Esther. xiii, 9.

cárceles de la eternidad. Entonces será tambien destruído el imperio de la muerte y de la corrupcion, lo mismo que todas las tentaciones del mundo y de la carne que oprimen aquí abajo á los servidores de Dios, de modo que será un reino tranquilo, pacífico, acompañado del goce cierto de una felicidad sin mezcla y sin fin.

¿De cuál de estos tres reinos solicitamos el advenimiento en la segunda peticion de la Oracion dominical? Ya hemos dicho que no era el del primero, el cual no debe venir, pues ya ha venido; tampoco pedimos su continuacion, pues impediria nuestro último fin, que es ver á Dios cara á cara en la eternidad. Tampoco solicitamos el del segundo, pues que lo hemos descado en la primera peticion, y que ha venido ya en gran parte. Pedimos sí el advenimiento del tercero, el cual debe venir, que desean con ardor cuantos conocen las miserias de esta vida, y que consiste en el sumo bien y en la perfecta gloria de nuestro cuerpo y de nuestra alma, gloria que no llegará hasta despues del juicio final. Por esto pedimos viva y diariamente el fin del mundo y la llegada del juicio final; pedimos que este mundo de iniquidades y desórdenes sea cuanto antes reemplazado por una nueva tierra y unos nuevos cielos, donde impere la justicia, á fin de que Dios sea todo en todas cosas. Á pesar de que los que aman al mundo no pueden oír peor noticia que el anuncio del juicio final, nosotros, ciudadanos del cielo, que vivimos aquí como peregrinos y desterrados, no tenemos ni debemos tener otro deseo que el verle llegar: de ahí aquellas palabras de san Agustin: «Así como, dice, antes de la venida del Mesias, todos los votos de la alianza antigua tenían por objeto el advenimiento de nuestro Señor, del mismo modo hoy todos los deseos de los Santos de la nueva alianza se cifran en el segundo advenimiento del Hijo de Dios, el cual nos conducirá al colmo de la perfeccion y de la dicha<sup>1</sup>.»

Hé aquí una verdad que importa recordar con frecuencia á nuestro espíritu y al de los demás. Nada es mas propio para ennoblecer nuestros pensamientos que la memoria de ese fin sublime para el cual estamos destinados; nada mas propio para hacernos soportar las adversidades con valor, resistir las tentaciones con fidelidad y pisotear los bienes de la tierra, que la idea de los goces reales que nos esperan en la eternidad. Si, vendrá un día en que reinaremos con nuestro Señor; aprendamos, pues, á mandar, poniendo á raya nuestras

<sup>1</sup> In Psalm. cxviii; Belar. *Doltr. crist.* pág. 79.